

Gracias que no las aprobó el Consejo de los Ancianos, porque, entonces, de seguro que Rewbell y Barras hubiesen recurrido á la violencia.

Por caminos tan divergentes marchaban el Directorio y el Cuerpo Legislativo. A las cuatro semanas de haber ingresado el nuevo tercio en los Consejos, un golpe de Estado era inminente. Volvamos ahora la vista á los sucesos que mientras tanto se desarrollaban en Italia, y que desde este punto ejercieron poderoso influjo en la lucha entablada entre los dos supremos poderes del Estado.

Bonaparte procedió desde luego á evacuar el Austria alemana, después de haber convenido con el marqués del Gallo en que las negociaciones para la paz definitiva se seguirían en Brescia, sin la presencia de los aliados, á los que se invitaría al congreso que se convocase para regular la paz del Imperio. Dedicó ahora su principal atención á Venecia, donde los acontecimientos siguieron marchando en armonía con sus planes, á pesar de la docilidad del Senado, que recibió á Junot en sesión solemne; oyó leer con rara paciencia el insultante documento; acordó escribir al general humilde carta prometiéndole satisfacción por todos los agravios y anunciándole el envío de dos patricios; publicó un manifiesto aconsejando á los habitantes la calma, y devolvió la libertad á la mayor parte de los prisioneros políticos. Tamaña docilidad satisfizo á Junot. Pero el pueblo no siguió los consejos del Senado. Harto de los franceses, en quienes sólo veía á los enemigos de su bienestar y de su honra, aprovechaba todas las ocasiones que se le ofrecían de satisfacer su venganza, y era de temer que, á la menor chispa, estallase el incendio. Tal sucedió en Verona, el lunes de Pascua por la noche, diez y siete de Abril. Con motivo de un altercado entre ciudadanos armados y soldados boloneses, únense á unos y á otros compañeros y amigos; el tumulto crece y se extiende á toda la ciudad; los oficiales franceses se refugian en el viejo castillo y disparan tres cañonazos para espantar; los amotinados entienden que aquello es el comienzo del ataque y se lanzan furiosos al castillo, que dispara todas sus baterías; desde este instante, las turbas, ciegas, desatinadas, se entregan á la venganza degollando á todos los franceses que había en la ciudad, hombres, mujeres, niños, heridos y enfermos. Pero las Pascuas veronesas, que fué como se llamó á este degüello, no tuvieron un Pedro III de Aragón, como las Vísperas sicilianas. Kilmaine tomó las medidas convenientes para socorrer á la ciudadela, y el veinticinco de Abril entraron sin dificultad en Verona los franceses, que tomaron terribles represalias: impusieron fuertes tributos en dinero y en especies; saquearon el Monte de Piedad; lleváronse los tesoros de los templos, muchas obras de arte y colecciones científicas, y deportaron á Cayenne á los habitantes convictos de haber asesinado á soldados franceses. Por si esto no fuera bastante, se produjo en Venecia otro sangriento conflicto. Después de la toma de Ancona, Bonaparte había confiado al mando del capitán Sibille unos cuantos navíos de guerra; un joven oficial de esta escuadrilla, Laugier, tuvo á la sazón la mala ocurrencia de querer entrar en las

lagunas de Venecia, á pesar de los reglamentos que prohibían la entrada á los barcos extranjeros armados. El fuerte de Lido cañoneó el buque; soldados lo abordaron, mataron al capitán y parte de la tripulación y prendieron á los restantes. No hay duda que Laugier obró por orden de Sibille, como si dijéramos de Bonaparte, que tenía conocimiento de los reglamentos venecianos, y por tanto, que este conflicto fué provocado también por el fementido general francés, ganoso de pretexto para declarar la guerra á Venecia.

El veinticinco de Abril, recibió Bonaparte en Grätz á los enviados venecianos, Donato y Giustiniani. Hallábase enterado ya, por sus generales, de las Pascuas veronesas, pero no sabía nada de lo de Laugier. Preguntó á los embajadores si se había puesto en libertad á todos los prisioneros, y como éstos contestasen que á todos los detenidos por delitos políticos, contestó: «Pido libertad para todos; tengo aquí la lista; no quiero más inquisición, ni calabozos, ni esa barbarie propia de la Edad Media». Después de este introito, soltó la rienda á las amenazas. «¿Y mis soldados, que han sido degollados en toda Tierra-Firme? Vosotros sois los que los habéis hecho degollar; vuestro Senado, el que ha publicado el manifiesto de Battagia; vuestra nobleza, la que ha imbuido en el pueblo el odio á los franceses. Mi ejército pide ser vengado, y lo será». Los enviados prometieron castigar á todos los culpables. «En fin, replicó Bonaparte, si no se castiga á todos los enemigos de los franceses; si no se despide al embajador de Inglaterra, se desarma al pueblo y se suelta á los presos, os declaro la guerra. Seré un segundo Atila para Venecia. Antes os ofrecí la mediación de Francia; ahora, si la deseáis, os la rehúso. Dictaré leyes á mi capricho. Es necesario que vuestra nobleza provincial, que mantenéis en la esclavitud, tome parte en el gobierno; vuestro régimen es muy viejo, y hay que barrerlo». Más claramente no podía expresar su desco de cambiar la Constitución aristocrática conforme á los principios revolucionarios, deseo que confirmó el embajador Lallemand, muy amigo de Venecia, respondiendo, á las numerosas preguntas con que le asediaban los ciudadanos, que se dejaría intacta á la República si ésta introducía algunas modificaciones en su Constitución. Agarrándose á este último clavo, varios patricios persuadieron al Dux, anciano débil y enfermo, á reunir la noche del treinta de Abril en conferencia libre á varios funcionarios, los cuales fueron de opinión que, al día siguiente, el Dux pidiese al Gran Consejo poderes para cambiar la Constitución á gusto de los franceses. Por inmensa mayoría, le fueron concedidos.

¡Cuán engañados estaban! No conocían todos los puntos que calzaba la perfidia de Bonaparte, que apelaba á estos rodeos para que Venecia apareciese hundirse por sí misma y ocuparla á última hora como restaurador del orden. Cuando en Palmanova Donato y Giustiniani le enteraron, el treinta de Abril, de la muerte de Laugier, gritó enfurecido: «Cien millones, los tesoros del Perú no desarmarían mi venganza. He pedido al Directorio que os declare la guerra en todas las formas». Y acto seguido escribió á Lalle-

mant fulminante carta, diciéndole: «La sangre francesa ha corrido en Venecia, y usted sigue todavía ahí! ¿Espera que se le expulse?»; y concluía intimándole á salir inmediatamente de la ciudad y unírsele en Mantua. El dos de Mayo, Donato y Giustiniani le comunicaron, en Mestre, la resolución del Gran Consejo. No se aplacó; antes la pusilanimidad de los víctimas pareció exaltarle, como que el mismo día publicó el manifiesto de guerra contra la República y despidió á los enviados entregándoles una declaración escrita, en la que pedía el arresto y castigo de los inquisidores de Estado, con la promesa, empero, de no romper las hostilidades hasta pasados cuatro días. Es que no quería destruir á Venecia, sino que Venecia se destruyese por sí misma. Y lo logró. El tres de Mayo, la libre conferencia acordó abrir el puerto á los navios extranjeros, para evitar conflictos como el de Laugier, y licenciar las tropas que se había llamado de Dalmacia; el cuatro, obtuvo del Gran Consejo autorización para arrestar á los tres inquisidores de Estado, y determinó enviar de nuevo á Donato y Giustiniani al cuartel general de Bonaparte, para pedirle condiciones de paz. El general, que se hallaba ya en Milán, estaba cambiado; recibió á los venecianos como amigo. «Habéis arrestado, les dijo, á los autores de los últimos crímenes; todo eso está muy bien, nada hay que discutir ya entre nuestras repúblicas; podemos pensar en la paz. Solo veo una dificultad; vuestras ciudades de Tierra-Firme tienen magistrados demócratas, que no querrán entrar en vuestro dominio si no les dais participación en el gobierno». Como los enviados se manifestasen conformes sobre este extremo, Bonaparte les encomendó á Lallemand, que acababa de llegar. Declaróles éste, el ocho de Mayo, que no bastaba admitir en el gobierno á los representantes de las ciudades provinciales, sino que era preciso que la nobleza abdicase el poder y que se constituyese un régimen completamente nuevo, mediante elecciones generales hechas por el pueblo. Los enviados acabaron por acceder, tras larga resistencia, á este cambio; mas no bien habían cedido, vino Bonaparte á hundirles en un mar de confusiones, diciéndoles el once de Mayo, en breve entrevista, que, después de madura reflexión, estimaba preferible que Venecia quedase reducida á las lagunas y tierras adyacentes y continuase con su gobierno aristocrático. La intención de Bonaparte se transparenta bien clara: ganar tiempo, hasta saber el resultado de un movimiento que había provocado en Venecia, por medio del secretario de la embajada, Villetard.

Era el joven Villetard un jacobino exaltado, dispuesto á todo con tal de asegurar el triunfo de lo que consideraba como la santa causa de la libertad y de la igualdad, de la omnimoda confianza del ministro, y que, como Mangourit en Madrid y Parandier en Berlín, desempeñaba, al par que el oficio de secretario, el de espía del embajador. De algún tiempo atrás, había reunido en torno suyo á los pocos demócratas que había en Venecia y organizado con ellos un club, por el patrón de los franceses, que tenía por jefe á un tal Spada, de la policía secreta un tiempo é inquilino luego de los calabozos, y por oradores, á un

droguero, Zorzi, y un abogado, Gallino. El club valía muy poco; dióle importancia el desaliento de los nobles. En la conferencia del ocho de Mayo, el Dux pintó con voz lastimera la irremediable miseria de la situación; renovó la proposición de embarcar á los esclavones; propuso, con general sorpresa, que se designasen mandatarios para negociar con el secretario francés, y manifestó que estaba dispuesto á deponer las insignias de su dignidad. La mayoría, pensando que con el cambio de régimen se evitaría la lucha, el bombardeo y el saqueo, aceptó las proposiciones del Dux y confió á Battagia y Donato el encargo de entenderse con Villetard. Pero éste se adelantó. Sus agentes, Zorzi y Spada, llevaron al Dux dos papeles sin firma, pidiendo, entre otros extremos, desarmar á los esclavones; instituir provisionalmente un tribunal de policía; plantar el árbol de la libertad; nombrar un consejo municipal de veinticuatro individuos, bajo la presidencia del ex-Dux y de Spada; elegir representantes democráticos; otorgar una amnistía y la libertad de la prensa; dejar ocupar el arsenal y los fuertes á cuatro mil franceses, y llamar á Venecia todos los navios de guerra. Este programa abarcaba todo lo que convenia á los fines de Bonaparte. La Conferencia, enterada del escrito, se sometió, acordando que se convocase para el doce de Mayo el Gran Consejo, con el objeto de que este mismo decretase su disolución. Así fué. Después que el Dux, más abatido que nunca, hubo propuesto la adopción del sistema representativo propuesto por Villetard, sonaron disparos de fusil en el Canal (eran los esclavones que descargaban sus armas al embarcarse); la Asamblea se alarmó; todo el mundo pidió á gritos que se votase, y la proposición fué aprobada por quinientos doce votos contra treinta y cinco. Mientras los antiguos amos de la República se volvían tristes á sus casas, los demócratas llenaban las plazas gritando: «¡Viva el pueblo! ¡Viva la libertad!». Pero el pueblo les respondió con el formidable grito de: «¡Viva San Marcos!», y se lanzó en busca de jefe, que no encontró; se arrojó sobre las casas de Zorzi, Spada y demás jacobinos; saqueó cuanto halló á su paso; llenó la ciudad con su infernal gritería todo el día y toda la noche, sin que se vertiese, empero, gota de sangre. Privado de dirección, el tumulto se apaciguó por sí mismo; pero el paso fatal estaba dado, y los conquistadores extranjeros se disponían á entrar como protectores en la ciudad desdichada. El quince de Mayo, el Dux anunció la abdicación del Gran Consejo y la creación de una municipalidad provisional. Así acabó aquella poderosa é ilustre aristocracia veneciana, que había hecho de la ciudad de las lagunas una gran potencia europea, un centro de comercio universal y un foco de civilización.

La primer noticia de estos sucesos la recibió Bonaparte el trece de Mayo, el mismo día en que le llegaron de París la confirmación de los preliminares y las instrucciones para la paz. Encargábale en estas el Directorio que se lo mirase mucho antes de declarar la guerra á Venecia y de entregarla al Austria; parecíale bien que con Venecia, las Legaciones, Lombardia y Módena se formase una República poderosa; no le aceptaba la

dimisión; le confiaba, además de la negociación de la paz, la reorganización de la República lombarda, y concluía diciendo que se limitaba á expresarle los deseos del gobierno, el cual lo fiaba todo á su prudencia y patriotismo. Bonaparte procedió con la rapidez de costumbre. Escribió á Merweld invitándole, conforme á lo convenido, á tratar inmediatamente de la paz definitiva; envió al general Baraguey la orden de ocupar á Venecia con cinco mil hombres, y al capitán Sibille, la de llevar lo más pronto posible la flota de Trieste á las lagunas. Para que la ocupación de Venecia no tropezase con inconvenientes, el diez y seis de Mayo firmó el tratado de paz con los embajadores venecianos, cuyos capítulos principales eran: abolición del Gran Consejo y entrega de la soberanía al conjunto de los ciudadanos; que, á petición de los venecianos, una de las divisiones francesas entrara en la ciudad, para proteger las personas y los bienes hasta el establecimiento del nuevo gobierno, y que Venecia se comprometía á pagar tres millones de francos en metálico y entregar municiones navales por valor de tres millones, tres navios de guerra, dos fragatas, veinte cuadros y quinientos manuscritos. Preguntaron los enviados, al despedirse de Bonaparte, quien, una vez disuelto el Gran Consejo, debería ratificar el tratado, á lo que respondió el general que podía ratificarlo la nueva municipalidad. «He concluido el tratado por varios motivos, escribió en seguida al Directorio: primero, para entrar sin dificultad en posesión de Venecia, de su arsenal y de sus almacenes marítimos; luego, para apartar de nosotros lo odioso de las cláusulas de los preliminares relativas á la ciudad de San Márcos, sin embargo de facilitar la ejecución de aquellas; en fin, para tranquilizar á Europa, supuesto que nuestras tropas ocupan á Venecia á petición de los mismos venecianos». Cuando más tarde la municipalidad veneciana, siguiendo sus indicaciones, le envió la ratificación del tratado, escribió á París que, hallándose disuelto el Gran Consejo cuando se concluyó el convenio, los embajadores venecianos no tenían poderes de nadie y el Directorio podía considerar el tratado como nulo. ¡Habrás visto jamás perfidia igual!

La rápida caída de Venecia produjo en Viena profunda impresión de desagrado. El establecimiento de municipalidades democráticas en Tierra-Firme y las terribles exacciones que se impuso á los habitantes, sirvieron de pretexto á Thugut para formular nuevas exigencias. En las instrucciones que el catorce de Mayo comunicó á Gallo, se quejaba de que Francia ya no pensase en dar las Legaciones á Venecia, sino en incorporar Venecia y las Legaciones á la República lombarda, en lo que, así como en los cambios efectuados en Tierra-Firme, se había violado el tercer artículo de los preliminares; le recomendaba entablar inmediatamente las negociaciones con Bonaparte sin el concurso de los aliados, pudiendo darse á las decisiones la forma de artículos secretos y adicionales, los cuales serían presentados al Congreso general como inmutables, y le encargaba que exigiese, para el duque de Módena, la Romanía á cambio del Ducado, y para la Archidu-

quesa Beatriz, la parte de la provincia de Ferrara al Sur del Po. Esta vez, se le fueron los pies á Thugut. No reparó en que, formulando nuevas exigencias, autorizaba á Bonaparte á formularlas también, y como éste tenía de su parte la fuerza, no cabía duda acerca de quién sería el vencedor. Todo lo que proponía el ministro imperial respecto al proceso oficial de la negociación fué aceptado. Se convino en que el Congreso encargado de regular la paz general se abriría el primero de Julio en Rastadt, y en prescindir del Congreso europeo mencionado en los preliminares. Tocante á las condiciones, Bonaparte, que siempre había considerado el curso del Adige como la frontera militar más segura de Italia, rechazó desde luego la petición de Thugut relativa á la Romanía y Ferrara, y pidió: primero, prolongar los dominios de Francia hasta el Adige, ó sea, que el Austria renunciase á Brescia y Mantua á cambio de Venecia, con las lagunas y el Dogado; segundo, la frontera del Rin para Francia, ofreciendo al emperador el obispado de Salzburgo y el obispado de Passau. A Gallo le satisficieron todas estas proposiciones, y las trasladó á Viena, recomendándolas calorosamente. Otro tanto hizo Bonaparte con el Directorio. «Destruir el cuerpo del Imperio alemán, le escribió, sería perder la ventaja alcanzada con la adquisición de Bélgica y de las provincias renanas; sería entregar diez ó doce millones de hombres en manos de dos grandes potencias, de las que debemos desconfiar siempre. Si la constitución del Imperio alemán no existiese, deberíamos crearla, en nuestro propio interés». Respecto de Venecia, salió, en fin, de la reserva que hasta entonces había guardado. «Venecia, dijo, decadente hace dos siglos, no sobrevivirá á los golpes que le hemos asestado; su población es pobre y cobarde; no está preparada para la libertad; no posee tierras ni aguas; es natural dejarla á los que adquieren sus posesiones continentales. Tomemos sus navios, vaciemos su arsenal, traigámonos su artillería, arruinemos su crédito y conservemos para nosotros Corfú y Ancona. Adquiramos á Corfú por el tratado con Austria; fortifiquemos las murallas de Ancona y ocupémosla militarmente, y esperemos que acontecimientos sobrevenidos en Roma nos entreguen á esta ciudad irrevocablemente». Aludía con estas palabras á la enfermedad que amenazaba los días del anciano papa Pío VI, con el cual motivo, Bonaparte ya había preguntado al Directorio si, caso de morir el Papa, debería ocupar á Roma y permitir que se eligiese Pontífice nuevo. Diez días, no más, después de haber firmado la paz con los venecianos, trazaba este horrible cuadro de la devastación y abandono de Venecia, de la incorporación de Ancona y de la toma de Roma. Una vez más se prueba que no había en Bonaparte pizca de conciencia moral. Parecía lícito y honesto todo lo que condujese al único fin que perseguía: su encumbramiento personal.

Mientras negociaba la cesión de Venecia al Austria, Bonaparte trabajaba en apoderarse de las fuerzas y dependencias marítimas de la desgraciada República, sin dejar de prodigarla las mayores protestas de amistad. «Haré cuanto de mí dependa, escribía el veinte